III

LA SEÑORA MATURINA

Tal vez afligiesen á la señora Maturina los ligeros defectos que le achacaba su marido; pero esto no impedía que fuese una madre excelente, y desde que estaba con Felipe no cesó de interrogarle acerca de los actos de su hijo.

El sargento, aunque presa de frecuentes distracciones que podían atribuirse á algún malestar, porque parecía sufrir y no había querido almorzar, prestábase amablemente al interrogatorio de la buena mujer y daba respecto de Bonifacio una serie de detalles que arrancaban lágrimas á su interlocutora.

—¿Pero, por qué no ha venido contigo? le preguntaba ésta. — ¿Qué le ha retenido allí?

Ante estas preguntas, Felipe, que recordó entonces el objeto de su viaje, no contestó en seguida y pareció sumirse en profundo éxtasis.

Titubeaba, pensando si debería declarar inmediatamente á la mujer de Passepoil los infortunios de Marina ó esperar que le enterasen de ellos los acontecimientos.

Viendo aquélla que permanecía silencioso, prosiguió :

— ¡No habréis reñido los dos, supongo?

— ¿Reñir? — exclamó vivamente Felipe, respondiendo más á sus propios pensamientos que á lo que se le preguntaba. — ¡Reñir! ¡pobre criaturita, Dios me libre!

Maturina le miraba asombrada.

—¿Cómo pobre criaturita! ¡Bonifacio es ya un hombre!

— ¡Ah! ¿Hablaba usted de Bonifacio? En verdad.

— ¿Pues de quién quieres que te hablase? ¿Vamos, no os habréis enfadado?

— No, no, señora Maturina; he vuelto solo á París porque... me llamaba un asunto grave... y en el que nada tiene que ver Bonifacio. Él vendrá con el ejército dentro de unos ocho días.

— ¡Oh! — exclamó la esposa de Passepoil, al notar las reticencias del joven.

Y, con maliciosa sonrisa, añadió :

— ¿Quieres apostar á que me figuro ese grave asunto?

Felipe miró con visible inquietud á Maturina.

— ¿Se lo figura usted?

— ¡Toma! ¡claro!... Hay algo de amor por medio ¿eh?... ¡Chiquillo, apenas sales del cascarón y ya estás pensando en esas cosas!

El sargento movió la cabeza en señal de negación, y lanzó un suspiro que lo mismo podía ser de satisfacción que de pesar: dado que no sabía cómo empezar á hablar de Marina.

— ¿No es eso? entonces ¿qué es? — preguntó la de Passepoil, mirando fijamente al joven, cuya fisonomía, á causa de las crueles ideas que volvían á asaltarle, adquiría una expresión de dureza que ella no le había visto nunca. — Me tienes intranquila, Felipe ¿de qué se trata, pues? ¡Tu cara descompuesta me induce á suponer alguna desgracia!

Vamos, — añadió cogiéndole las manos y estrechándoselas cariñosamente — ¿no puedo yo saberlo, di?... Tal vez pudiera servirte de algo.

Quizás aquella dulce insistencia hubiese decidido á Felipe á contarlo todo á Maturina, cuando, en aquel mismo momento, entró una sirvienta y entregó una carta á su ama.

— Acaba de traerla un criado de la señora marquesa de Verteuil — dijo la joven; — me han recomendado que se la traiga en seguida á la señora, pues dicen que es muy urgente.

— ¡De la señora marquesa de Verteuil, en cuya casa está Marina! — dijo la de Passepoil asombrada. — ¿Qué me querrá?

Aguijoneada por la curiosidad, abrió la misiva y empezó á leerla.

Maturina sólo había recibido una instrucción rudimentaria y aunque leía de corrido la letra impresa, tenía grandes dificultades para descifrar lo manuscrito.

Así es que iba deletreando á media voz las palabras, antes de reunirlas.

Que es lo que empezó á hacer con las patas de araña de la marquesa.

Felipe, asaltado por cierto presentimiento, seguía ansioso la marcha de sus ojos, tratando de coger al vuelo, en el susurro que escapaba de sus labios, alguna frase que pudiera iluminarle.

De pronto, Maturina, que acabó por comprender el sentido de lo que la marquesa de Verteuil le escribía, lanzó una exclamación de estupor.

— ¡Santo Dios! ¿qué me dicen?... Marinita se ha escapado de casa de la marquesa... y no saben dónde está... ¿Qué significa esto?... Ten, lee, Felipe, no sea que yo padezca alguna alucinación.

El joven sabía mejor que nadie de lo que se trataba.

Sin embargo, por si acaso le hubiera ocultado algo Marina, creyó conveniente leer la carta de la marquesa.

He aquí su contenido:

« Amiga mía: He retrocedido hasta el último momento para enterarle de un suceso que me consterna.

« La joven á quien había usted colocado en mi casa, Marina Moutier, ha huído hace quince días, sin que, hasta ahora, haya podido yo saber lo que ha sido de ella.

« Ella, tan alegre de ordinario, llevaba ya algún tiempo triste, melancólica, y abandonaba todas las diversiones de su edad, cual si tuviera una gran pena.

« Varias veces intenté hacerla hablar, para saber de qué procedía semejante cambio de carácter — cambio cuya causa he buscado inútilmente; — pero siempre se encerró la niña en absoluto mutismo y sólo contestaba con lágrimas, á mis preguntas.

« Hace dos semanas, daba yo una fiesta nocturna.

« Marina, como toda mi servidumbre, ocupábase en el servicio de los salones.

« Hacia la mitad de la reunión, y, según me han dicho, en el preciso momento de anunciar al señor embajador de Venecia, uno de mis contertulios, Marina fué presa de violenta agitación, sin motivo aparente, y casi en seguida abandonó el lugar donde estaba.

« Desde ese instante, nadie la ha vuelto á ver en mi hotel.

« Así que supe su desaparición, mandé que se la buscase en cuantos lugares suponía yo que pudiera estar; y hasta envié á casa de usted, sin que usted se enterase para no alarmarla.

« Desgraciadamente, todas las indagaciones han sido infructuosas, y no creyendo deber ocultarle más tiempo tan singular acontecimiento, me decido por fin á comunicárselo.

« Usted verá lo que debe hacer. Le repito que estoy consternadísima.

« De usted afma.

« CIPRIANA DE VERTEUIL. »

En cuanto acabó, dió Felipe la carta á la señora de Passepoil, limitándose á decir :

— Ya lo sabía.

— ¿Cómo? ¿Lo sabías? — preguntó Maturina, extrañada de su tranquilo acento. — ¿Por qué casualidad?

— No es por casualidad... Sé también lo que ha ocurrido á Marina y en dónde está ahora; la he visto ayer.

— ¿Y no me decías nada?

— No me atrevía .. Y aun titubeo...

— ¿Por qué?

En vez de contestar, preguntó bruscamente, Felipe :

— ¿Conoce usted al caballero Zeno?

— ¡Ni de vista ni de oídas! — dijo ingenuamente la pobre mujer. — ¿Con qué motivo me hablas de ese caballero?

— Ese caballero es el embajador de Venecia de quien se habla en esta carta...

Es un infame ladrón de honras... ¡Ha robado la de mi hermanita Marina!...

— ¡Pobre muchacho! — exclamó la señora de Passepoil, cogiendo entre las suyas las manos del sargento. — Ahora comprendo tu silencio y el dolor que tratabas de ocultar. Dímelo todo... Eso te aliviará... ¿No soy yo como vuestra madre?

Rápidamente, expuso el joven á Maturina el análisis de los hechos que ya sabemos, anadiendo :

— ¡Y he venido á escape á París, para castigar á ese miserable Zeno!

— ¡Ah! Harás bien, hijo mío... — repuso encolerizada Maturina. — ¡Qué canalla!... ¡merecería la rueda! ¡Cometer semejante crimen!...

Si á mí me lo hubiera hecho, ya estaría arreglado.

Puedes creerme. Primero, hubiérale arrancado los ojos; luego, le hubiese despedazado el rostro á arañazos, después...

¡Ay! No sé lo que le hubiera hecho; pero te juro que, al salir de mis manos, no valdría gran cosa.

Pero, no hay que dejar así á esa pobre muchacha solita. Ve á buscarla, Felipe, y tráela aquí en seguida.

— ¡Oh! gracias, señora Maturina — dijo Felipe agradecido; — eso que usted me dice me llena de alegría... No me atrevía yo á proponérselo; temía que ya no tuviese para Marina el afecto que antes le tenía.

— ¡Qué ocurrencia! Al contrario, ahora la quiero más. ¿Tiene, acaso, la culpa la pobrecilla? ¡Ea! ve pronto, chiquillo, ve. Ahora mismo voy á prepararle el cuarto, el mismo que ocupaba cuando vivía con nosotros.

Levantóse el joven sargento. No obstante, en vez de dirigirse inmediatamente á la puerta y apresurarse á ir en busca de la joven, quedó un segundo suspenso, extrañado por sentir en sus piernas una debilidad desconocida.

Pero no podía su energía abandonarle de ese modo.

De un salto, franqueó el umbral de la puerta y echó á correr hacia la calle del Pas de la Mule, pensando:

— Pasando la noche al sereno, se cogen fácilmente reumas, por lo que veo.

Se engañaba. La exaltación febril en que vivía hacía algunos días, reservábale una caída mucho más grave.

Una vez que se hubo marchado Felipe, la señora de Passepoil se disponía á subir al antiguo cuartito de

Marina, para arreglarlo un poco, antes de que ésta llegara, cuando su marido y Cocardasse, que habían acabado de hablar, entraron para ver lo que hacía el sargento.

De paso, el segundo quería deleitarse con la vista de Maturina, antes de despedirse definitivamente.

— ¿Dónde está Felipe? — preguntó Passepoil al no verle.

— ¡Ha salido! le he mandado á un recado; pero no tardará en volver.

— En ese caso, voy á esperarle, pues pienso llevarlo conmigo — dijo Cocardasse contento con poder prolongar la estancia en casa de su ídolo.

— ¿Llevarlo con usted? — preguntó Maturina. — ¿Para qué?

— Para estar en compañía suya.

— La verdad, lo siento por usted, señor Cocardassse; pero retendremos á Felipe con nosotros, hasta que se incorpore al regimiento, es decir, hasta que vuelva el ejército á París. ¿No es cierto, Amable?

Éste hizo una seña de asentimiento, la misma que hacía siempre que su tierna mitad le consultaba, lo cual, por otra parte, era pura fórmula, pues se hubiera guardado mucho de hacer ver quo no era de la opinión de su mujer.

— En ese caso — dijo el gascón, disimulando lo mejor que pudo su desagrado, — no me queda más que retirarme...

É inclinándose ante la señora de Passepoil, casi hasta formar un ángulo recto con su cuerpo, añadió:

30132
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Le reitero, pues, señora Maturina, mis respetos; vendré á menudo, todo lo á menudo que...

— Señor Cocardasse — interrumpió Maturina que, preocupada como estaba por la aventura de Marina, permanecía insensible á los cumplidos del veterano, — venga todo lo á menudo que quiera; lo mismo me da. Pero, en este momento tengo mucha prisa, y le ruego me deje pasar.

El gascón habíase colocado, en efecto, precisamente delante de Maturina y le cerraba por completo el paso.

— Cuando menos, señora Maturina, — dijo Cocardasse sin moverse lo más mínimo — permítame decirle, antes de privarme de verla, cuán...

No pudo terminar la frase.

La poderosa esposa del viejo maestro de armas, cargada de tanta lentitud, acababa de abrirse paso ella misma cogiendo al soldado por el brazo y apartándolo sin ceremonia; y tan rudamente, que nuestro hombre dió una triple vuelta, girando como una veleta, y había ido á chocar contra un mueble instalado al otro extremo del cuarto.

— Hasta más ver, señor Cocardasse — dijo Maturina desde el dintel de la puerta. — Hasta cuando usted quiera; tendré mucho gusto en oírle del mismo modo explicar su admiración.

Y dicho esto, se eclipsó.

Passepoil se acercó á su antiguo amigo.

— ¿Una caricia, eh? — le dijo con acento burlón.

— ¡Qué mujer! ¡Santo Dios! ¡Qué mujer! — exclamó el gascón, aturdido todavía.

— ¿Dulce como un corderito, verdad?

— ¡Deliciosa!... ¡Deliciosa! ¡Ah! ¡voy á hacer una señal donde ha tocado su mano!

— No merece la pena, ya debes de tenerla... Lo que sí puedes hacer, es aplicarte una cataplasma.

— ¡No importa, picarón! ¡Y no llamas á esto felicidad!...

— ¡Oh! sí, la verdadera felicidad. Pero, pierde cuidado, que de ésta puedes disfrutar toda la que quieras; te lo permito, y Maturina también te lo permite.

Y ahora, querido Cocardasse, tengo que volver á mi sala; es la hora en que viene la gente.

¿Me acompañas?

— No puedo; tengo que descansar un poco. Pero, ahora, me verás todos los días.

— Bueno; y, según hemos convenido, en cuanto me necesites, me avisas.

— ¡No tengas cuidado! puede que no haya que esperar mucho tiempo. Pero, voy á hacerte una recomendación: vigila bien á Felipe, mientras esté en tu casa; pues en París, lo espían.

— No tengas miedo... Adiós.

— ¡Caramba! — exclamó Cocardasse viendo que Passepoil se marchaba. — ¿Así nos vamos á separar? ¡Ea! ¡Venga otro abrazo!

Amable no se hizo de rogar, y los dos amigos se separaron después de esa recíproca muestra de ternura.

Al poner el pie en la calle, el gascón pensó conducir á su caballo que, como se recordará, había dejado fuera. Pero el pobre animal aprovechó el reposo que

momentáneamente le había dado su amo de ocasión, su verdugo, para morir tranquilamente.

Yacía cuan largo era, en la carretera, con los ojos vidriosos y los miembros ya rígidos.

— ¡Tate! ¡Vaya una ocurrencia! — exclamó Cocardasse.

Y, con desdén, añadió :

— ¡Poca fuerza tenía! ¡No se hacen caballos para jinetes de mi temple!

Luego, tras esa oración fúnebre, se marchó hacia la calle de la Ferronnerie, á la casa del *Pilon d'Or*, donde su amigo, el señor Helouin, en calidad de propietario, le había ofrecido hospitalidad.

IV

CAZADORES CRUZADOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pocos minutos después de salir Felipe de casa de Passepoil, entraba en ella el señor Helouin, acompañado de Marina.

Dos horas antes, había llegado á la fonda en que se hospedaba la joven, sin haberse quitado aún el polvo del largo viaje que acababa de realizar.

El retraso motivado por la noche de parada en la granja en que estuvo á punto de ser asesinado con Cocardasse, le ocasionaba mucha inquietud, y quería saber inmediatamente lo que había sido de Felipe durante aquellas veinticuatro últimas horas.

Lo más probable era que el sargento hubiese ido en seguida á ver á su hermana adoptiva.

Pensaba, pues, que yendo á casa de ésta le vería, ó, si se hubiera marchado ya Felipe, sabría cuando menos á qué atenerse.